

05/2015

08 enero de 2014

Jorge Fuentes Monzonís-Villalonga\*

EUROPA, 25 AÑOS DESPUÉS

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## EUROPA, 25 AÑOS DESPUÉS

### Resumen:

El 9 de Noviembre de 2014 se celebra el 25 aniversario de la caída del Muro de Berlín. Más importante que ello es que en esas fechas evocamos también el fin del Telón de Acero, de la división de Europa, la desaparición de la URSS, del Pacto de Varsovia, del COMECON, del mundo comunista y de la Guerra Fría. Los últimos 25 años conocen en Europa Central y Oriental un largo camino hacia la libertad, una interminable transición que tiene como principal objetivo la integración en las instituciones euro-atlánticas, meta que ha sido ya alcanzada con mayor o menor fortuna, por 12 de los 24 países de la región.

Los restantes Estados –algunas ex repúblicas yugoslavas y soviéticas a las que hay que sumar Albania y Turquía- siguen esforzándose por alcanzar un objetivo que parece cada vez más evasivo y que se confunde con otros proyectos menos sólidos pero más asequibles.

### Abstract:

*November the 9th, 2014 marks the celebration of the 25th anniversary of the fall of the Berlin Wall. More important is the fact that around the same months we evoke as well the end of the Iron Curtain, the division of Europe, the disappearance of the Soviet Union, the Warsaw Pact, the COMECON, the communist bloc and the end of the Cold War. The last 25 years are a long road in search of freedom, an endless transition that had as a main aim the integration in the euro-Atlantic institutions, an objective that has been reached for about the half of the countries of the region.*

*The remaining ones –some of the former Yugoslav and soviet republics, plus Albania and Turkey- are still making efforts with an aim that seems to be more and more evasive and often becomes confounded with other projects, if not so solid, maybe easier to be completed.*

**Palabras clave:** Telón de acero, Muro de Berlín, Bloque Comunista, URSS, Pacto de Varsovia, COMECON, OTAN, Unión Europea, Instituciones euro-atlánticas.

*Keywords:* Iron Curtain, Berlin Wall, Communist Bloc, USSR, Warsaw Pact, COMECON, NATO, European Union, Euro Atlantic Institutions.

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

## ¿MURO O TELÓN?

El 9 de Noviembre pasado se celebró, en Berlín y en otras ciudades europeas y mundiales, la caída del muro que, en la capital, separaba la zona comunista de la occidental. Se ha indicado repetidamente que la caída del muro significó el fin de la era comunista, de la Guerra Fría y de la división del continente. Tal afirmación no es exacta.

Es conveniente que las grandes efemérides vengán acompañadas de símbolos visuales claros y en este sentido, el Muro de Berlín era algo visible y palpable aunque en el fondo no dividiera más que dos partes de una ciudad. Berlín, como Viena, fueron ocupadas por las cuatro potencias aliadas vencedoras de la segunda guerra mundial, pero en 1961, al ver las fuertes migraciones que en la capital alemana se producían hacia occidente, la URSS decidió levantar un muro y poner fuertes medidas de seguridad que frenaran la estampida. 270 vidas se cobró el muro durante los 29 años que se mantuvo erecto. Tal dramático balance y también su conversión en el símbolo de la derrota del sistema comunista venía a reconocer –pese a denominarlo “Barrera de protección anti fascista”- la preferencia del pueblo alemán por el modus vivendi occidental.

Mucho más importante, duradero y doloroso aunque menos tangible fue el Telón de Acero surgido casi tan pronto como acabó la II Guerra Mundial y las potencias reunidas en Yalta cedieron a la presión soviética que después de haber tenido una sacrificada participación en la contienda, exigía un alto botín. A Occidente no le cabía más alternativa que aceptar las exigencias de Moscú o continuar la guerra contra los soviéticos, un sacrificio que no se vieron dispuestos a afrontar.

Y ahí quedaron, bajo la férula de Moscú, países vencedores de la guerra como Polonia junto a países vencidos como Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria integrados de buena o mala gana en el eje nazi.

Todos ellos eran países europeos, tanto como sus vecinos del Oeste y, como ellos, habían contribuido grandemente a la formación del ambiente cultural, artístico, espiritual y humano de Europa. La imaginación de Churchill puso, como tantas otras veces en aquellos tiempos convulsos, la frase que haría fortuna, “Entre Stettin y Trieste ha caído sobre el continente un Telón de Acero”. Si el Muro tuvo 155 kms de longitud, el Telón se extendió desde el Mar Báltico al Adriático a lo largo de 1261 Kms. Grecia y Yugoslavia se libraron milagrosamente de formar parte del bloque.

Dicho Telón se vio protegido por alambradas, ejércitos, controles aduaneros que, con el tiempo, lo volvieron tan inexpugnable como si se tratara de una verdadera barrera.

La inexactitud que se ha repetido recientemente es que la caída del Muro supuso el fin de los bloques, del comunismo y de la división de Europa. Ello podría implicar que fue el esfuerzo de los alemanes orientales, de los ciudadanos de la República Democrática Alemana el que debe llevarse el honor de la gran transformación. No fue así.

El comunismo soviético se fue implantando con mayor o menor éxito para Moscú en cada uno de los países de Europa Oriental y Central. La idiosincrasia y el pasado histórico de países como Polonia y Hungría hicieron que en ellos el comunismo arraigara con menor convicción. Por el contrario, en el disciplinado y vencido pueblo alemán-oriental, la Unión Soviética encontró un excelente caldo de cultivo.

El Telón no desapareció en 1989 sino que fue desvaneciéndose lentamente, con anterioridad, gracias a las frecuentes protestas en Polonia, al levantamiento húngaro de 1956, a la Primavera de Praga de 1968 y sobre todo a la auténtica revolución que, nacida en los astilleros polacos de Gdansk bajo el liderazgo de Lech Walesa y Solidaridad, recorre todo el Este y marca el principio del fin de la Guerra Fria, y de la división del continente. Conviene recordar que todo ello no habría ocurrido sin la determinación de personalidades de la envergadura de Ronald Reagan, Juan Pablo II, Willi Brandt, Walesa, Gorbachov, Schmidt, Thatcher y de una institución tan interesante como la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), en 1995 transformada en organización permanente (la OSCE). Su cesto III sobre Contactos Humanos facilitó el trazar puentes intra europeos, viajes, matrimonios mixtos, la libertad de pensamiento, expresión y conciencia. Esta Conferencia y el Acta Final firmada en Helsinki en 1975 fue una verdadera bomba de relojería que en poco tiempo perforaría el telón creando miles de conexiones entre el Este y el Oeste.

La República Federal de Alemania jugó un gran papel en esos cambios. Para Brandt, Schmidt y Kohl durante los largos años del proceso de Helsinki no hubo más asunto en sus agendas que la reunificación alemana.

Fue por lo tanto esa determinación desde el Oeste, en especial desde Bonn y el coraje y espíritu de libertad desde Varsovia y Budapest principalmente quienes acabaron con el Telón y con el Muro. Los ciudadanos de la RDA, particularmente sojuzgados solo se apuntaron al festín del 9-N cuando ya el Muro estaba moralmente derribado. Ellos y sus hermanos del Oeste tuvieron la gloria de hacer el trabajo material de demolición, con martillos y picos.

La tarea de acabar con la división de Europa empieza casi tan pronto como acaba la guerra y se acelera en las décadas de los sesenta y setenta. En tal sentido, el 9-N-1989 marca a la vez un final y un principio: el final de los esfuerzos de demolición y el comienzo de un largo tramo de transición hacia un régimen de libertades.

## MIRANDO ATRÁS SIN IRA

Como quiera que sea, hace un cuarto de siglo empezó una nueva andadura en los países de Europa Central y Oriental. Es muy difícil calificar ese período como de transición, una denominación que los propios ciudadanos de la zona creen desacertada. Lo que se produjo en la región fue un paso de un régimen comunista a otro de libertades, del totalitarismo a la democracia y aunque tal paso se dio de forma abrupta, no cabe duda que transformar las estructuras políticas, económicas y sociales iba a requerir un largo período de tiempo. De hecho el proceso aun no ha concluido ya que el comunismo construyó unas estructuras que necesitarán muchos decenios para ser transformadas. Los países de la región tuvieron que hacer un ingente esfuerzo para acoplarse a los criterios de Copenhague que les permitieran ingresar en la Unión Europea. Aun así, cuando lograron la integración lo hicieron en condiciones precarias. Su PIB se movía entre el 35 y el 45% de la media comunitaria. A título comparativo, recordemos que cuando España operó su ingreso se encontraba en un 75% de la media comunitaria y que en 2004 al ingresar los nuevos miembros, por efecto de la convergencia estadística, pasó a tener el 110 de dicha media.

Los siete países ex comunistas tendrán que hacer un gran esfuerzo si es que aspiran algún día a alcanzar la convergencia con los antiguos socios, para lo cual deberían crecer a un ritmo muy superior al de éstos, ejercicio que algunos países –Polonia, Eslovaquia- están consiguiendo mejor que otros.

En los antiguos países comunistas, incluyendo los de Europa Central, Oriental y Meridional o balcánica, el sentimiento respecto al pasado dista de ser claro y uniforme. De hecho, a medida que pasan los años, dichos sentimientos son cada vez más difusos viniendo a verse envueltos, con frecuencia, en una bruma de nostalgia.

Algo deben estar haciendo mal algunos de los gobiernos de dichos países cuando vemos que en ocasiones, los primeros gobiernos democráticamente elegidos tras el fin del comunismo, no era ni más ni menos que el formado por el partido socialista heredero directo del partido comunista e integrado en muchos casos por los propios políticos que militaron en éste.

Con la única excepción de Rumania en que el dictador Ceaucescu fue apresado en su huida con su mujer y ambos sumariamente juzgados y ejecutados, en los restantes países los antiguos líderes murieron plácidamente rodeados por sus familiares y tuvieron funerales de Estado. Con el paso del tiempo su memoria que en los primeros años fue mayoritariamente crítica, se ha transformado en nostálgica.

No fue posible condenar abiertamente la ideología comunista como si se hizo y se hace con el nazismo. Tampoco lo fue abrir un proceso semejante al de Nuremberg para juzgar los

crímenes del comunismo que fueron numéricamente comparables a los del nazismo y que castigaron no a una sola generación sino a varias durante cerca de medio siglo.

Aunque en algunos países han podido implantar en institutos o museos, los horrores del sistema para transmitirlos a las nuevas generaciones –tal es el caso del museo de Budapest visitado anualmente por 5 millones de personas- lo cierto es que con la desaparición de muchos de quienes vivieron aquellos tiempos, la ignorancia sobre lo que supuso la segunda guerra y la post guerra crece dramáticamente. El 94% de los jóvenes entre los 16 y los 30 años ignoran casi todo sobre aquellas páginas de su Historia, sobre las circunstancias las causas y los efectos de la guerra. Su cultura política es paupérrima hasta el punto de ignorar la diferencia entre Democracia y Dictadura.

Y sin embargo no hubiera sido nada difícil explicar la verdad sobre los horrores de un pasado próximo en que era necesario esperar 20 años para poder instalar un teléfono en nuestra vivienda, o para adquirir un automóvil, o había que guardar largas colas para poder comprar cualquier producto de alimentación (pan, salchichas, agua mineral), un régimen en que viajar al extranjero o tener un pasaporte era un privilegio excepcional. Ello sin mencionar las hazañas de los servicios de inteligencia, de los sistemas de delación en que todos se convertían en acusadores o acusados, en los expedientes y archivos aun cerrados en muchos países, en los campos de prisioneros y en los cientos de miles de ejecutados durante los largos años del terror comunista.

En los países que dichos archivos de los servicios secretos han sido desclasificados, pocos ciudadanos se han atrevido a consultarlos por miedo a descubrir que eran sus vecinos, sus amigos o incluso sus familiares quienes les habían delatado.

Lo cierto es que los miembros del partido comunista y de los servicios de inteligencia de los países de la zona, se encontraban entre los mejor preparados y ello les permitió no solo hacer carrera antes de la caída del régimen sino también después de 1989. Ex espías, ex miembros del partido, al amparo de la limpieza que nunca se hizo, pasaron a ocupar puestos privilegiados en embajadas, en la administración o en grandes empresas.

La falta o la pérdida de memoria histórica es un mecanismo psicológico semejante al que nos acerca a nuestros carceleros en el síndrome de Estocolmo o también como un profundo temor que transforma la realidad haciendo creer a algunos componentes de las nuevas generaciones que el muro de Berlín fue erigido para proteger a los ciudadanos de la zona oriental contra el contagio fascista y no para impedir la huida de quienes quedaron en el lado oriental del mismo. También se olvida que el pleno empleo del régimen era en muchos casos un sucedáneo del paro encubierto y la pobreza.

Este último aspecto es especialmente importante a la hora de añorar aquellos tiempos para los sectores de la sociedad actual menos beneficiados por el cambio: los obreros no cualificados, los parados, los pensionistas teniendo que hacer frente a un mercado cada vez más caro con unos ingresos claramente insuficientes y viendo a algunos conciudadanos más jóvenes o mejor cualificados que han sido capaces de auparse al carro de la prosperidad cuando ellos han tenido que quedarse en la cuneta. Claro contraste con la pobre igualdad que ofrecía el antiguo régimen.

## LAS TRANSICIONES

La Historia no ha discurrido de modo uniforme en los 24 países de la región. Tres de ellos – los Estados bálticos- ingresaron en las organizaciones euro-atlánticas, muy pronto después de la disolución de la URSS. Otras cinco naciones –las cuatro de Visegrado, más Eslovenia – lograron la integración en 2004; Bulgaria y Rumania, tres años más tarde y Croacia en 2011. Albania ingresó en la OTAN en 2008 y sigue esforzándose por hacerlo en la UE.

Los cinco restantes países de la ex Yugoslavia –Serbia, Bosnia, ARYM, Montenegro y Kosovo- se encuentran en una complicada encrucijada en que poseyendo todos ellos una clara vocación europea tienen tan serias dificultades para avanzar por el camino de la integración, ya sea por la difícil situación que atraviesa la Unión que necesitaría algún tiempo para poder completar la ampliación simultaneándola con la profundización, o también por otra razón menos estudiada.

Se trata de la falta de cooperación de los países vecinos. Eslovenia interpuso no pocos obstáculos al ingreso de Croacia que a su vez no está apoyando precisamente a Serbia. Cinco países de la Unión –entre los que se encuentra España- no hemos reconocido al estado kosovar que cuenta a su vez con la comprensible animadversión de Belgrado. La Antigua República Yugoslava de Macedonia está vetada tanto en la OTAN como en la UE por la vecina Grecia por la causa aparentemente soluble del nombre del país –Macedonia- profundamente vinculado a la Historia griega. Bosnia Herzegovina puede convertirse en el agujero negro de la región como antes lo fueron los Balcanes en su conjunto respecto a Europa. Montenegro por sus reducidas dimensiones, su población y su economía es la que está avanzando en el proceso integrador con mayor decisión.

Turquía a su vez atraviesa un momento de casi total congelación en sus negociaciones con Bruselas. Los problemas que crearía su ingreso se hacen cada vez más patentes y delicados: la UE sufriría un gran proceso de islamización al pasar este credo a ocupar el 20% de la población comunitaria. Sin embargo, los inconvenientes de su no integración se presentan también como cada vez más graves con la aparición en escena del llamado Estado Islámico que, implantado en Irak y Siria pretende cruzar el Bósforo y situarse en un rincón de Europa.

Por último, la situación es aun peor en lo que respecta a los “Inmediatos vecinos” de Europa Oriental, muchos de los cuales tienen también aspiraciones comunitarias. Por su organización política, Bielorrusia queda hoy totalmente excluida de cualquier acercamiento a la UE. Moldavia, Georgia y Armenia se sienten ignorados por Bruselas y solo confían en poder proceder a un acercamiento de facto a la UE.

Es evidente que la política comunitaria respecto a estos vecinos no ha sido brillante y la mejor prueba se refleja en Ucrania donde la debilidad y la indecisión comunitaria ha derivado en la irresolución de la actual crisis.

La propia Ucrania y Rusia son, sin embargo, los principales responsables de la inestabilidad de aquel país. Los deseos insatisfechos de acercamiento a Bruselas y la consiguiente defenestración del Presidente Wiktor Yanukovich, condujo al descontento de la minoría rusófila que, apoyada por Moscú, derivó en la pérdida de Crimea y en un estado de guerra creado en Ucrania Oriental. Putin, consciente de la inacción de Washington y Bruselas en la región, actúa en ella con casi total impunidad.

La transición rusa está siendo la de mayor trascendencia en la zona. Tras un corto período de indecisión que cubrió los mandatos de Gorbachov y Yelstin, la aparición de Putin refuerza el rol de Rusia en el panorama internacional. Las indecisiones de Washington en Afganistan, en la Primavera árabe, en Siria y en el caso Snowden, ayudan al líder ruso en su proyecto que quiere recuperar el papel de gran potencia perdido en 1989. De alguna forma su política hace volver a la región al periodo de la Guerra Fria. Rusia no pudo oponerse al cambio de bando de sus antiguos aliados del Pacto de Varsovia ni siquiera de tres de sus antiguas repúblicas federativas (las bálticas) pero se opuso al movimiento pro-europeo promovido en Ucrania con las consecuencias que han quedado apuntadas. Es evidente que Putin tiene una mentalidad imperial y ha trazado una línea roja en las antiguas fronteras de la URSS que volverá difícil cualquier proyecto de acercamiento a las instituciones euro-atlánticas por parte de sus antiguos aliados.

Y lo cierto es que su política encuentra algunos seguidores entre los países ex comunistas. Lo vimos en parte de la población ucraniana que consideraba un mejor y más inmediato negocio acercarse a Moscú antes que hacerlo a Bruselas. Hay vacilaciones en Georgia y también en algunos de los países balcánicos que, ante la lentitud negociadora de la UE están barajando otras opciones entre las que se encuentra la eurasiática. Buena prueba de ello la encontramos en que cuatro países balcánicos –entre ellos Serbia y Turquía- han decidido no aplicar contra Rusia, las sanciones impuestas por la Unión a raíz del conflicto ucraniano.

También en Bulgaria reaparece una vez más la rusofilia que tan profundamente arraigó en el país desde que el gran hermano eslavo ayudó a Sofia a liberarse de la ocupación otomana.



Es evidente, por lo tanto, que en los países ex comunistas no hay un solo tipo de transición, sino que cada uno escogió su propio modelo.

Hubiera podido pensarse que la transición iba a producirse de modo más sencillo en los países de la antigua Yugoslavia ya que su régimen federativo y autogestionario era mucho más abierto que el de los países integrantes del Pacto de Varsovia. La economía yugoslava estaba próxima a la de libre mercado y la sociedad se movía casi con total libertad. Sin embargo, el post titoísmo no permitió un tránsito pacífico sino que conoció una guerra cruel que afectó a la casi totalidad de las siete repúblicas con la sola excepción de ARYM y Montenegro.

Más que un tránsito del comunismo al libre mercado, los países de la antigua Yugoslavia tuvieron que sufrir el duro paso de la guerra a la paz. En especial para Serbia, el recuerdo del muro de Berlín apenas persiste cuando en lo que están empeñados es en remontar los desastres del conflicto.

Algunos de los países de la zona se lamentan de la diversidad de trato que Bruselas imprime a los candidatos y consideran que el simple hecho de haber seguido una política contestataria respecto a la URSS era considerada como un plus, aunque en ocasiones tal desdén hacia Moscú hubiera venido acompañado de un totalitarismo radical como fue el caso de la Albania de Enver Hodja y la Rumania de Ceausescu.

## CONCLUSIONES

Al revisar la transición operada en los últimos 25 años en la región, cabe dividir los países en cuatro grupos bien diferenciados:

- Los países de Visegrado poseen el valor añadido que fueron ellos quienes tiraron del carro que lograría derribar el telón y el muro. La nostalgia por los viejos tiempos del comunismo es en ellos casi inexistente. En estos cuatro países, en especial el mayor y el más poblado de ellos, Polonia, la reconstrucción de un partido socialista fuerte ha sido, hasta ahora, difícil. Los dos países que alternan en el gobierno son ambos conservadores. Otro tanto ocurre en Hungría.

- En los países de la ex Yugoslavia más Albania, con la excepción de Eslovenia y Croacia que en 2004 y 2011 respectivamente se integraron en la UE, el factor que ha marcado ese cuarto de siglo es la guerra. El conflicto unido a la crisis global que afectó grandemente a la UE y también los desencuentros vecinales han decidido el momento en que se encuentran esos seis países. Todos ellos empiezan a tener la triste sensación de haber sido invitados a una fiesta que empezó al atardecer pero a la que ellos se incorporan a las 3 de la madrugada



cuando ya no queda nada que beber ni comer. En Bosnia cunde el pesimismo y creen que ya nunca serán aceptados al club de Bruselas. Parecido sentimiento flota en ARYM, en Albania, Kosovo y Serbia.

-Los socios del Sudeste europeo, Bulgaria y Rumania, aun cuando sus economías crecen más que las de la media de la UE, sienten que su ingreso en la Unión no fue tan milagroso como esperaban y que tendrán que transcurrir decenios para alcanzar la ansiada convergencia, si es que alguna vez la consiguen. Por el momento buscan asociarse al club de Visegrado por ver si ello les ayuda en su crecimiento. Las dificultades energéticas les hacen mirar también hacia Moscú y hacia la posibilidad de servirse del South Stream.

- En cuanto a los vecinos del Este, por el momento no hay grandes expectativas de acercamiento a la Unión. En los próximos tiempos todo gravitará alrededor de Ucrania. Habiendo perdido Crimea definitivamente, lo mejor que cabe esperar para Kiev es propiciar un federalismo que satisfaga las aspiraciones de los rusófilos del este. El peor escenario conduciría a la división del país. El apoyo occidental no podrá ir mucho más allá de las sanciones económicas a Moscú, sanciones que, como estamos viendo castigan tanto a quien las recibe como a quien las impone.

*Jorge Fuentes Monzonís-Villalonga<sup>i</sup>*  
*Embajador de España*

---

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.